

Estado-nación, posteriores a la Revolución Francesa. Como resultado de amplias discusiones conceptuales y bibliográficas, Knight concluye que ambas perspectivas son complementarias y deben ser sopesadas, según el caso de que se trate. Sin embargo, la primera puede tener razón al considerar un patriotismo "orgánico" y popular, concepto que propone el autor en contraposición al de "primordial", y que exagera las raíces antiguas del nacionalismo, y la segunda yerra, al confundir Estado y nación, reduciendo de esta manera el proceso de "forjar patria" al de "forjar Estado".

JUAN CARLOS JURADO

El espejo europeo

El nacionalismo cosmopolita.

La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900

Frédéric Martínez

Banco de la República,

Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá, 2001, 580 págs.

Vale la pena comenzar con una afirmación elemental: el libro de Frédéric Martínez constituye uno de los aportes más interesantes al conocimiento del siglo XIX colombiano publicado en los últimos años. Su tema central, el estudio de la forma como se utilizaron las referencias a Europa y en especial a Francia en los debates políticos y culturales del siglo XIX, se desdobra en una serie de análisis de una gran riqueza.

Las nuevas naciones surgidas en Iberoamérica de las luchas de independencia esbozan sus diferentes proyectos de construcción del Estado y la nación a la luz de los modelos europeos. Francia, Estados Unidos, Inglaterra sirven al mismo tiempo como modelos y como ejemplos negativos, como fuentes de ejemplo civilizador y como imágenes de riesgos y peligros. El repu-

blicanismo, el radicalismo jacobino, el catolicismo ultramontano, el federalismo ofrecieron diferentes imágenes de organización y pensamiento, que se sobrepusieron a las percepciones de las formas de vida cotidiana, de las jerarquías y estructuras sociales, de los desarrollos más o menos conflictivos de las sociedades reconocidas como patrones de civilización. Las instituciones mismas, hospitales, escuelas, bibliotecas, cárceles, bancos o sistemas policiales, eran también ejemplos para imitar o evitar.



Algunos de estos temas han sido analizados desde diferentes puntos de vista por los historiadores colombianos. Jaime Jaramillo Uribe, en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, buscó en los textos políticos del siglo XIX el eco de los pensadores ingleses, franceses o españoles, la inspiración o la influencia que ayudó a definir sus teorías. Otros han estudiado las influencias concretas en asuntos como los proyectos de reforma del sistema educativo, de creación de un banco nacional, de organización de la policía. Algunos han intentado seguir la pista a las transformaciones en la vida cotidiana y en los consumos bajo el influjo de modelos sociales de elegancia y distinción. Lo primero que resulta admirable en este trabajo es que logre presentar en un solo cuadro, en un inmenso mural, lleno de personajes y temas, de diferentes líneas de argumentación y exposición, una visión unificada y clara. Los temas que el libro asume resultan a veces tan variados que el mismo autor, al tratar de definir qué ofrece su libro,

se pregunta si es una historia del nacionalismo, o de los mitos políticos, o de los proyectos de los grupos dirigentes, o de la construcción del Estado. En cierto modo, sin duda, es algo de todo eso: historia política, historia de las ideas, historia de las representaciones colectivas, de las mentalidades.

Uno de los ejes del libro es el viaje a Europa. Mientras que hasta mediados de siglo Europa era ante todo una referencia libresca, un mundo imaginado e inventado, durante la segunda mitad del siglo XIX centenares de colombianos van a Europa, y muchos describen lo que ven. Una larga búsqueda le permitió identificar más de 500 viajeros colombianos, de los cuales 38 publicaron libros relatando sus experiencias. Una especie de biografía colectiva nos describe los rasgos de estos viajeros, las razones de sus viajes, sus prejuicios ideológicos, lo que buscaban y lo que encontraban. Casi todos, en cierto modo, y aquí está el hilo conductor que relaciona esta parte, la más extensa del libro, con las preguntas más de fondo, van a aprender, a tratar de encontrar las claves de la civilización y a ver cómo su experiencia los educa o sirve para educar a los colombianos.

En todo caso, lo que interesa saber es cómo los grupos dirigentes colombianos, y en particular los sectores políticos, utilizaron la referencia a Europa para legitimar sus propios proyectos políticos y para definir sus estrategias para la organización del Estado. Todos los grandes esfuerzos del siglo XIX —Martínez define tres, el reformismo ilustrado de Mosquera a mediados de siglo, el esfuerzo radical y la Regeneración— se apoyaron en referencias y modelos europeos. Todos generaron una retórica en la que su validez se apoyaba en buena parte en la experiencia de Europa. Por esto, Martínez nos dice con confianza que la vinculación de Colombia con Europa fue siempre estrecha, y que el aislamiento que a veces se atribuye a esta época es, al menos en este nivel, aparente. Todos los grupos esgrimen el modelo europeo, sea para justificar el radicalismo

liberal o para mostrar los ejemplos civilizadores del cristianismo, y aunque atacan al otro por imitar servilmente los modelos europeos. Por supuesto, cada grupo tiene la Europa que admira y la Europa a la que tema y detesta.

Todo el análisis está lleno de matices y diferencias. El libro muestra bien, dado el carácter muy instrumental de las referencias a Europa, cómo ni conservadores ni liberales, ni republicanos ni católicos adoptan consistentemente un modelo nacional o miran la consistencia ideológica de los modelos: los conservadores encuentran en la Francia republicana la organización policial que consideran apropiada para consolidar el orden que acaban de inscribir en el escudo nacional, mientras que para los liberales es el modelo educativo de Prusia el que tratarán de desarrollar en Colombia en el decenio de los setenta.



Uno de los argumentos más interesantes e inesperados es que relaciona en forma muy estrecha el surgimiento del nacionalismo con la experiencia misma de viaje de los colombianos en Europa. Inicialmente, el viajero llega a Europa lleno de confianza en los valores republicanos de la nueva república: de algún modo, los restos de despotismo le producen una confirmación del valor de las nuevas instituciones. Esta experiencia, sin embargo, esta inscrita en el supuesto de que el viajero sea un miembro pleno de la cultura europea: esto, que en cierto modo es una reivindicación de su valor y su igualdad frente al interlocutor ultramarino, es al mismo tiempo una afirmación de su excep-

cionalidad en Colombia, de que forma parte de los grupos sociales cultos y europeos, de los que hablan latín y francés e incluso conocen a veces mejor que el pueblo de Francia la cultura y la historia de esta nación, no de un pueblo atrasado y lleno de taras. Pero la experiencia europea es una oportunidad para descubrir que no son tan europeos, que los europeos tienden a imaginar una Colombia salvaje y a incluirlos a ellos dentro de un mismo grupo de atraso y barbarie. En esa experiencia comienza una reivindicación de lo colombiano, de los valores de nuestra nación, que no puede diluirse, en la segunda mitad de siglo, en la simple valoración de la promesa de una nación republicana y liberal, pues para entonces los ideales liberal, la utopía del radicalismo, había perdido mucho de su atractivo entre los dirigentes de ambos partidos.

Igualmente interesante es el seguimiento del proceso que va conformando el nacionalismo culturalista, el rechazo a las influencias extranjeras, la afirmación de una idiosincrasia nacional en la que se reivindican los elementos de la tradición española, la unidad de la nación marcada por la religión, la disciplina social y el orden, y unos valores culturales ya ancestrales, opuestos a la innovación, al revolucionarismo liberal. Esta descripción, con todos sus matices y su riqueza, invita, sin embargo, a precisiones y ampliaciones. El autor se concentra en la relación directa entre la experiencia de Europa, la aceptación y el rechazo a Europa, y muestra como la ideología de la Regeneración se nutre de esto. Sin duda, pero también sería interesante seguir este proceso en las formulaciones de la historiografía colombiana, que a partir de Groot y de Quijano Otero tratan de reconstruir un pasado colonial más favorable, y que encuentran en la interpretación que hace Caro de la independencia una narración que se contrapone a la narración liberal. La crítica a la visión liberal de la historia, que alimenta a la Regeneración, y el triunfo de una visión alternativa, consolidada para uso de las escuelas en el manual de

Henao y Arrubla, tuvo mucho que ver con el mantenimiento de esta visión conservadora del pasado. Allí reside probablemente una de las razones de que una ideología relativamente pobre y poco cercana a la realidad, que se ofrecía como un paradigma de realismo pero no era muy distinto, como lo dice el mismo Frédéric, a una nueva forma de utopía, haya tenido tanta persistencia, se haya sometido a tan limitadas críticas. Es, recordemos, una visión que se apoya también en una valoración del realismo del Bolívar de la segunda mitad de la República de Colombia, que renuncia a las innovaciones republicanas y redescubre el peso de la tradición autoritaria, y que los conservadores contrapondrán a Santander, empeñado en aclimatar en Colombia un liberalismo extraño a nuestras tradiciones. Y es una visión que tendrá inesperadas prolongaciones, como en la de los liberales que, como Alfonso López Michelsen e Indalecio Liévano Aguirre, reivindicarán el realismo autoritario de la regeneración frente a la incorporación utopista de un liberalismo de origen calvinista, contrario en muchos sentidos al núcleo de la identidad nacional.



Y así como puede discutirse si las propuestas autoritarias de Bolívar coincidían con la verdad profunda de nuestra esencia, si el centralismo de la Regeneración correspondía mejor a la estructura nacional que un federalismo que reconociera el amplio grado de autonomía regional que de hecho había existido en la historia, Martínez discute en detalle la equívoca relación de la nueva defi-

nición de la tradición colombiana hecha por los regeneradores con la realidad misma de un país cuyas tradiciones de desconfianza al Estado se habían reforzado con la incorporación efectiva de elementos de autodefinición liberal por parte de amplias capas de la población colombiana a lo largo del siglo XIX. Que el orden regenerador hubiera llevado a la exacerbación bélica de finales de siglo no resulta tan paradójico en esta visión. Sin embargo, el relativo orden conservador de la primera mitad del siglo XX, aunque en parte heredero de la imposición regeneradora de un nuevo modelo estatal, hay que atribuirlo también a algo que Frédéric deja de lado, y es a la transacción de 1910, con su revaloración de algunos elementos republicanos, con el énfasis en un Estado menos sometido a ser una herramienta de partido, y con el reconocimiento, a través de una descentralización más fuerte en la realidad que en la ley, de una tradición anticentralista muy vigorosa.



Son muchos los interrogantes que esta obra tan rica propone, y sería inapropiado desarrollarlos en detalle. Me corresponde ante todo manifestar mi complacencia por esta publicación, y hacer explícito el agradecimiento del Banco a quienes han contribuido a que este libro haya tenido la digna edición que hoy tenemos en la mano. Ante todo, quiero hacer público nuestro reconocimiento a la Embajada de Francia, que dio apoyo a su traducción, al Instituto Francés de Estudios Andinos, representado por su director,

Jean Vacher, quien aceptó coeditar este libro. Francia fue en el siglo XIX un referente obligado de la cultura y de la política colombiana. Todavía en el siglo XX muchos de los procesos de cambio estatal, de modernización administrativa, siguieron buscando sus modelos en Francia, tomada también como modelo para algunas de las estrategias de intervención estatal emprendidas por la revolución en marcha. En los años recientes, más que un modelo político, ha sido una referencia cultural esencial. Esta historia sigue siendo muy rica y compleja. Esta obra, en la que escuchamos la voz de un historiador francés, que nos devuelve a manera de espejo una imagen de lo que los colombianos vieron en Francia, es un elemento más de un vínculo cultural que sigue teniendo una gran vitalidad.

JORGE ORLANDO MELO

¿Imitadoras de García Márquez? (Un mimetismo lucrativo)

¿Tocará escribir como García Márquez para alcanzar la celebridad? Esta pregunta, que se formularon hace algunos años ciertas inquietas novelistas, se la siguen formulando hoy en día, con la misma aspiración a convertirse en *best sellers* sin dejar de hacer buena literatura. ¿Cómo negarlo? Después del rotundo, avasallador éxito de Macondo, ya nadie necesita escoger entre escribir bien y vender bien: basta seguir el ejemplo del Nobel. Sí, sí, paralelo al dilema de las ediciones piratas, que son plaga en todo el continente, García Márquez tendría que lidiar el de los colegas "contagiados" (que los hay los hay) o de las colegas "influenzables". Para éstas últimas, ¿por qué no decirlo de una vez?, bastan unos cuantos ingredientes para que la alquimia macondiana resulte exitosa.

¿Cuál sería esta alquimia? Primero que todo situar la narración entre

la realidad y la fantasía, haciendo de lo insólito centro de la semántica textual. Luego, concentrarse en el regionalismo novelesco de un caserío, una aldea, una provincia donde grupos, o clanes, o sectas riñan por el poder durante una o varias generaciones. A esta saga en que intervendrán mujeres deslumbrantes, sabihondas o visionarias y jefes tan sedientos de amor como asolados por la soledad, se pueden agregar anticipaciones del futuro o cuadros de viso mágico, en un discurso que incluya imágenes irreverentes e intente disimular lo irrisorio con datos verídicos o estadísticos. La tendencia a una versión paródica de hechos históricos y políticos, puede amenizarse entonces con personajes tendientes a delirios o enfermedades estrambóticas. Finalmente, laboratorios misteriosos y manuscritos perdidos o indescifrables proveerán una dosis de suspense a secuencias descriptivas en que brevísimos diálogos, reducidos a réplicas súbitas y tajantes, resuman lo enunciado en una última, implacable sentencia. Cabe agregar, sin embargo, que las autoras marquetianas deberán imponer a lo largo del texto la feminización de indicios y funciones narrativas, de modo que el lector diga para sí: "Esto no ha podido escribirlo sino una mujer..."

La primera en probar suerte, hace ya muchos años, fue Isabel Allende. La semejanza de *La casa de los espíritus* con *Cien años de soledad*, tanto a nivel semántico como a nivel simbólico, resulta flagrante, aunque una novela se situara en el Macondo mítico caribeño y la otra en los ámbitos rural y urbano del Cono Sur. La misma autora lo admitió así desde el principio, desarmando a una crítica ya intimidada por su compromiso político. En efecto, ¿cómo censurar a quien intentaba repartir en episodios insólitos y situaciones de trivial comicidad las coordenadas de la historia chilena desde principios de siglo? Sí, sí, luego de algunas descripciones del novecientos, teñidas de elementos demiúrgicos, Isabel Allende daba el salto a la realidad, cubriendo posiciones liberales y conservadoras en la democracia repre-